

DISCURSO DE RECEPCION

Por JOSÉ MARÍA SAMPER

Señor Director, señores Académicos:

Costumbre muy loable y de antiguo practicada en corporaciones doctas como la que formáis, es la que impone al recipientario del carácter académico el deber, frecuentemente doloroso, de hacer, a manera de iniciación en el santuario de las Letras, las Ciencias o las Bellas Artes, el elogio de la vida y obras del personaje cuyo puesto viene a ocupar.

Gran fortuna es para mí el hallarme en la excepcional circunstancia de no venir a este recinto en calidad de sucesor de un varón distinguido en la República de las Letras; que a ser así, a más del riesgo que yo correría de que me viniese sobrado grande la silla que voy a ocupar, y de que se hiciesen comparaciones harto desventajosas para mí, la gloria que alcanzase por el solo hecho de ser recibido en vuestro seno quedaría oscurecida en mi alma por el dolor que de seguro me causaría la falta del hombre a quien me tocara en suerte reemplazar.

No: felizmente yo, —hombre lleno de vida, no obstante la injuria de los años—, no vengo a ocupar una vacante debida a la muerte. Vengo a mérito de vuestra proposición, aceptada por la Real Academia Española, que dio por resultado el acrecentamiento de vuestro número; y vengo como la humilde onda de arroyo que hubiese rodado perdido entre las breñas, a confundir mi pequeñez con el caudal clarísimo, apacible y hábilmente encauzado que habéis compuesto vosotros durante tres lustros, con la asociación de vuestros talentos, vuestras luces y proficuas labores.

Permitidme, señores, que antes de dar paso alguno en el campo que he escogido para mi disertación, ose explicar en vuestro nombre, pues de otra suerte de hecho permanecería inexplicado, y talvez inexplicable, por qué, a mi entender, me habéis honrado llamándome a tomar parte en vuestras tareas.

Sucede con frecuencia que en las exposiciones industriales se conceden dos clases distintas de premios. A unos expositores se les premia por el mérito intrínseco de sus obras, por las relevantes pruebas de ingenio que con ellas dan, por la exquisita finura del trabajo, o por los fecundos resultados que sus invenciones han de acarrear en pro del bienestar común. Para otros, el premio es solamente recompensa que honra la buena voluntad, o estímulo para el anhelo por

emprender nuevos y fructuosos trabajos; o testimonio de aprecio, ya que no por la calidad de las obras, al menos por la ingenuidad y el desinterés con que han sido acometidas, y la cantidad que del esfuerzo ha resultado.

Pues lo propio suele acontecer con los Cuerpos académicos; y contrayéndome a mi caso, bien se me alcanza que cuando me habéis convalidado de honor, llamándome a vuestro seno, no os ha guiado el propósito de premiar la calidad de mis escritos, cantos y discursos, sino el de señalar en la cantidad de ellos la prueba de un solo merecimiento: el de la buena voluntad para dedicar la vida entera al servicio de las Letras, y para solicitar sin descanso ni soberbia el mejoramiento en el gusto literario y en el estudio y manejo de nuestra admirable lengua.

Y digo "sin soberbia", porque después de muchos años de escribir y hablar para el público, desde mi adolescencia —a las veces acaso sin caridad para con el lector o el auditorio— llegó un día en que mi propia conciencia me señaló el hondo abismo de mi ignorancia filológica, literaria, etc. (y este etcétera viene al caso, por cuanto me sentí ignorante *in utroque!* y me hizo advertir que era reo rematado de graves e inveterados galicismos, de pecados mortales contra el buen gusto, y de otros muchos delitos literarios que la crítica tenía el derecho de hacerme purgar severamente.

Mis pecados mortales han sido, bien lo sabéis, señores, la prodigalidad en el hablar y el escribir ¡que hartó me ha costado! y una confianza excesiva en mis propias fuerzas y en la bondad de mis propósitos; gordas flaquezas que me han llevado hasta la gula de la publicidad. Felizmente mis pecados no han hecho daño, que yo sepa, sino a mi reputación literaria y a mi bolsillo.

El hecho mismo de ocupar en este recinto un asiento que no está vacante, me deja, a lo que entiendo, amplia libertad para elegir el tema de mi disertación. Ninguno me hubiera parecido más apropiado a la índole de vuestros estudios y de nuestro país, que este asunto: la influencia ejercida sobre la Lengua y la Literatura, y particularmente sobre la Poesía, en Hispanoamérica, por el medio físico, histórico y social que rodea al hablista, al literato y en especial al poeta.

Si el asunto es digno de ser prolijamente tratado por un escritor de altos pensamientos, ingenio sagaz y vasta erudición, yo —que alcanzo a medir mi pequeñez precisamente por lo mucho que me desespera— me contentaría con desflorar el ameno campo que cualquiera de vosotros podría beneficiar, cosechando con segura mano frutos bien sazonados y abundantes.

Pero bien considerado el asunto, hube de renunciar a él, por ser tan extenso y complicado, y por requerir tan notable erudición, que no era para dilucidado en un discurso académico, sino más bien para tratado en una disertación prolija y completa. He preferido, por tanto, hacer una excursión por el campo de las reminiscencias literarias, contando con la seguridad de que éstas, al par que halagarán vuestro sentimiento de amor nacional, se amoldarán a la veneración con que

miráis todo lo grande y fecundo que nos ha venido y nos viene de la madre Patria.

Corrían los años de 1843 a 1852, y bullían en nuestras Universidades multitud de almas generosas, llenas de savia juvenil, destinadas a formar la generación intelectual que en mucha parte ha encaminado el movimiento de la República, desde 1849 hasta el momento actual.

La Literatura, hasta 1842, parecía estar muerta entre nosotros, o por lo menos estancada como un lago sin renovado caudal de aguas frescas y sin fácil salida. Nuestra prensa era casi exclusivamente política y oficial, y estaba reducida a muy exiguas proporciones, así en la forma como en la sustancia. Con excepción de Cartagena, nuestros principales centros de vida intelectual (Bogotá, Medellín, Popayán y aun Tunja), se atrofiaban mentalmente en el aislamiento a que los condenaba su incomunicación mediterránea o superandina respecto del mundo de la Literatura, de las Ciencias y de las Artes.

A la sazón prosperaba con notable brillo la prensa de la vecina y hermana República de Venezuela. La publicidad había alcanzado notable desarrollo en la gentil ciudad nativa del Libertador, y principiaba allí una irradiación intelectual que se dejaba sentir entre nosotros. Se hacían elegantes reproducciones de la moderna literatura española, al propio tiempo que Baralt, los Rojas, Maitín, Lozano y muchos otros escritores nacionales alimentaban con sus inspiraciones el fuego sagrado del amor a las Letras.

Los que en nuestras universidades aprovechábamos para el estudio literario cualquier vagar que nos dejaban las áridas lucubraciones de la Jurisprudencia o de la Medicina, solicitábamos con ahinco cuanto era dable conseguir de España o de Venezuela que alimentase nuestra afición a la Literatura.

Esta misma afición —instinto de raza y necesidad de nuestra situación superandina— era una especie de reacción inconsciente. La ruptura entre nosotros y la madre Patria, ocasionada por la guerra de independencia —ruptura tardíamente soldada muchos años después con un tratado de paz y amistad por todos bendecido— nos había condenado al desamor de las letras castellanas: cerrándose nuestros puertos —no por ministerio de la ley, sino de retraimiento— a la luz que de España nos pudiera venir. A más de esto, llegó a estar en moda entre algunos hombres políticos el ganar fama populachera con diatribas dirigidas contra España, hasta el punto de repetir algunos que “lo único bueno producido en la Península era el *Quijote*”, monstruosidad que no había menester refutación, pero que campeaba en la prensa. Casi por completo se ignoraban o desconocían aquí, entre los jóvenes, los tesoros que no cesaba de producir el ingenio español, no obstante la decadencia ocasionada por el *francesismo*, flaqueza que de las modas, de las artes industriales y del periodismo, se había filtrado en el Teatro y en todo el espíritu literario de la España constitucional.

Podría decirse, en rigor de verdad, que aquí estudiábamos más el francés que el castellano, por mucho que debiese avergonzarnos la

ilustración de aventajados profesores de nuestra lengua, tales como Ulpiano González Triana, Isidro Arroyo, Benedetti, Lleras, D. José Manuel Royo y D. José Joaquín Ortiz. Con las sederías y las pomadas nos venían de París los poemas, historias, dramas y novelas de los franceses, juntándose en la importación lo bueno con lo malo; con lo que, al propio tiempo que afrancesábamos nuestro espíritu, íbamos pervirtiendo nuestro lenguaje y nuestro gusto.

Es también digno de notarse que nuestra general ignorancia de la literatura española era solamente un achaque de nuestra juventud y de personas de cierta escuela política; pues sobrado sabemos que para unos hombres tan sólidamente ilustrados como D. Rufino Cuervo, D. Juan de Dios Aranzazu, D. Juan Antonio Marroquín, D. Ignacio Gutiérrez Vergara, D. José Manuel Groot, González, Caicedo y Rojas, los Ortices, Arboleda, Caro y muchos otros miembros de la primera y segunda generación de este siglo, eran familiares las obras de Moratín y Jovellanos, de Quintana y Lista y de muchos otros ingenios españoles muy notables, así del presente siglo como de los anteriores. Por tanto, subsistían en el país, bien que solamente en limitada esfera, la tradición y el culto de las letras españolas, no obstante la invasión creciente de la literatura francesa implantada en gran parte, entre nosotros, por las causas mencionadas.

De esta suerte, si por falta de comercio general con los ingenios españoles, por una parte, carecíamos por completo del conocimiento de los nuevos giros y vocablos con que nuestro hermoso idioma se iba enriqueciendo en la madre España, por otra, perdíamos el sabor y la tradición de la grande y renombrada literatura formada en la Península en los siglos precedentes.

Dos circunstancias comprueban esta afirmación. Los refranes que, como es sabido, son la expresión de la filosofía popular —se habían ido reduciendo a tal punto, que ya nos eran desconocidos muchos— si no el mayor número, de los más usuales entre los fundadores de nuestra sociedad. Y de otro lado, era patente, así en nuestros libros y periódicos como en muchos documentos oficiales, no solamente la invasión de pésimos galicismos, sino también el empobrecimiento del lenguaje, por el desuso en que habían caído innumerables giros, vocablos y expresiones que nuestra desaliñada redacción no alcanzaba a reemplazar.

Y no hay para qué hablar de lo que concierne a la ortografía que aquí se usaba; siendo, como es notorio, que se miraba como a gente rezagada y retrógrada a quienquiera que escribiese a usanza de los académicos españoles, y que era signo de lealtad republicana el mero hecho de acomodarse a la ortografía montaráz adoptada por los años de 1830 a 1832, muy propicia a la ignorancia de las etimologías; ortografía que en cierta ocasión denominé *gitana*.

Todo esto era consecuencia de la incomunicación en que nos hallábamos respecto de la madre Patria, y del alejamiento de nuestros principales centros de población, de los grandes focos de la civilización contemporánea. No es, por tanto, de extrañar que nuestra literatura, a más de incipiente y privada de un carácter propiamente

nacional, no hubiese tenido sino muy contados servidores de nota, que ni siquiera habían alcanzado a formar escuela en el país (1).

Don Andrés Marroquín había sido un poeta clásico exquisito, pero de escuela enteramente tradicional o española, que traía desde atrás la filiación de su agudo y delicado ingenio.

Don José María Salazar, hombre de grandes dotes y virtudes eximias, más que poeta por afición y carácter, había hecho de la Poesía un medio de servir a la Patria, cantando en ocasiones lo que podía excitar el entusiasmo nacional.

Luis Vargas Tejada, mucho más empapado en la lectura de los clásicos latinos que en la de los españoles; republicano ardoroso, pero a estilo romano, y más dado a pensamientos políticos que a los puramente literarios, había sucumbido trágicamente desde 1829, en la flor de su bella juventud, dejando testimonios muy valiosos de un talento poético de primer orden, sobre todo para el arte teatral, pero mucho más clásico por su educación que original por sus tendencias.

Don José Fernández y Madrid, sin rayar tan alto como Vargas Tejada, se había creado con sus composiciones líricas y dramáticas una reputación considerable, acreditándose de poeta de sentimiento delicado, ya que no profundo ni de gran fuerza y alto vuelo, que sabía combinar la generosidad del patriotismo con la nobleza del estro poético, y con tendencias favorables a la creación de una literatura histórica en Colombia. Pero distraído frecuentemente del servicio de las Letras por las atenciones de la política y las vicisitudes de la lucha, jamás alcanzó a dejar profunda huella de su paso.

Alvarez y Lozano y Menéndez, más bien que poetas de talento levantado, habían sido simpáticos y amables versificadores, sobre todo el primero; y ninguno de los dos había señalado el camino de un ideal literario.

El poeta de gran genio y de mucha fuerza que habíamos tenido en el segundo cuarto de este siglo, era, sin contradicción, José Eusebio Caro, hombre de múltiples talentos y poeta original en todo, puesto que, si bien se inclinaba mucho al romanticismo, era un romántico de inspiración propia y de profundo sentimiento, que no de imitación. Causó gran daño a su vuelo y a su fama de poeta, el ser él hombre político y de administración; que si las preocupaciones y vicisitudes de la política perturban la serenidad del pensador poeta, y le desvían frecuentemente de su camino natural, las pasiones que

(1) Entre nuestros poetas del presente siglo, puede decirse que formaron el primer grupo, como que florecieron más o menos durante las primeras décadas, pero nacidos en el siglo xviii, don Rafael Alvarez y Lozano, don Juan de Dios Aranzazu, don Mariano del Campo y Larraondo, don Antonio José Caro, don José Fernández y Madrid, don José María García y Tejada (Pro.), don Primitivo Grueso (Pro.), don José Ángel Manrique, don Andrés María Marroquín, don Francisco Mejía, don Atanasio Menéndez, don José María Sáiz, don José María Salazar, don Marcelo Tenorio, don Miguel Tobar, don Francisco Urquinaona, don Mariano Urrutia (Pro.), don Francisco María Urrutia y don Francisco Antonio Zea.

aquella hace germinar se amotinan de ordinario contra el hombre de altas inspiraciones, juzgándole más bien por sus tendencias y actitud de adversario, que por el mérito intrínseco de sus creaciones literarias. De ahí que el alto valor de Caro no haya sido por todos proclamado en Colombia, sino años después de su prematuro y deplorable fallecimiento.

Comoquiera es un hecho que Caro no fue, ni con mucho, creador de una escuela poética entre nosotros; ni posteriormente ni antes don José Joaquín Ortiz, en cuyos talentos y cantos hay como una rica amalgama de Quintana, Olmedo y Heredia; ni Arboleda, en quien se combinaban el sentimiento ardiente, la imaginación audaz y la energía de carácter con la excelente cultura del espíritu; ni otro alguno de nuestros poetas eminentes de mediados del siglo; así como no habían formado escuela Fernández y Madrid, ni Salazar, ni Vargas y Tejada, y sus contemporáneos. Todos aquellos ingenios y los que después han descollado en Colombia, fueron o son individualidades más o menos brillantes; pero jamás compusieron ni han compuesto un *Parnaso* viviente y organizado. Y asunto digno de interés será el estudio que se haga, —y que acaso emprenderé algún día—, de las causas que impiden la formación de escuelas literarias en Colombia, así como de las que temporalmente se oponen a la prosperidad, en estos países, de la crítica y algunos otros géneros de literatura (1).

Reducidos estábamos al escaso movimiento literario a que he aludido, cuando empezaron a llegar a Bogotá ciertos libros españoles reimpressos en Caracas y en París, que fueron para la juventud estudiosa de 1843 a 1850 revelaciones de una verdad no poco sorprendente: la fecundidad y el brillo con que España sostenía el honor de sus Letras, con las cuales bien podíamos solazarnos e instruirnos, sin tener que solicitar únicamente en la literatura francesa el alimento intelectual.

Las primeras obras que por aquel tiempo llegaron a nuestras manos, pertenecían a muy diversos tipos literarios; y para dar idea de su alto mérito bastará decir que eran creaciones de Mariano José de Larra, Mesonero y Romanos, Modesto Lafuente, Bretón de los Herreros, García y Gutiérrez, Angel de Saavedra, Eugenio de Ochoa, don José Zorrilla y Espronceda; amén de numerosos escritos ya en

(1) Pertenecen o pertenecieron al segundo grupo (generación nacida entre 1800 y 1820):

Doña Josefa Acevedo de Gómez, poetisa y notabilísima escritora, así como doña Silveria Espinosa de Rendón, poetisa; y poetas como Arboleda Julio, Blanco José Angel, Caicedo y Rojas José, Caro Diego C., Caro Francisco Javier, Caro José Eusebio, Correa Ventura, González Ulpiano, Groot José Manuel, Gutiérrez de Piñeres Germán, Gutiérrez de Piñeres Vicente, Gutiérrez y Vergara Ignacio, Lleras Lorenzo María, Madiedo Manuel María, Maldonado Domingo Antonio, Marroquín Juan Antonio, Ortiz José Joaquín, Ortiz Juan Francisco, Parra Ricardo (de la), Piedrahita José Gregorio, Royo José Manuel, Santander Rafael Eliseo, Torres Francisco de Paula, Torres y Torrente Bernardino, y Vargas Tejada Luis.

prosa o ya en verso que íbamos recibiendo en menor cantidad, fruto de ingenios tan notables como Hartzenbusch, los Bermúdez de Castro, José Joaquín de Mora, don Tomás Rodríguez y Rubí, don Mariano Roca de Togores, Escosura, Pastor Díaz, Ventura de la Vega, Baralt, García y Tassara, doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, doña Cecilia Bohl y otros poetas o escritores contemporáneos.

Válgame no solamente el sentimiento de la justicia y el de mi propia gratitud, sino también el del amor a las Letras y a mi Patria y mi raza, para hacer constar aquí todo lo que el despertamiento y progreso de la literatura colombiana deben al lejano influjo de las obras españolas a que he aludido, leídas con avidez por nuestra juventud en la época a que me refiero. Ellas nos dieron a gustar el sabor de la buena prosa y buena poesía de España, y despertaron en nosotros la curiosidad de lo desconocido, moviéndonos a solicitar en los grandes clásicos las fuentes y los tesoros de aquella insigne literatura castellana que es orgullo y gloria de la humanidad.

*
* *

El espíritu observador y el aticismo y agudeza que predominan en Bogotá, junto con el talento descriptivo, predisponían a muchos de nuestros hombres inteligentes a ensayar sus fuerzas en la descripción y crítica de las costumbres nacionales; y de ello dieron excelentes pruebas unos escritores tan notables como Juan Francisco Ortiz, Rufino Cuervo, José Manuel Groot, José Caicedo y Rojas, Ulpiano González, Eugenio Díaz, Rafael Eliseo Santander, José Angel Gaitán y algunos más de la primera y segunda generación de nuestro siglo. Puede afirmarse con seguridad que en la subsiguiente se hizo sentir con eficacia la influencia de los escritos de Larra, Mesonero y Romanos y Lafuente, sostenida muchos años después y con muy distintos estilos, por don Antonio de Trueba, Selgas y Carrasco, don Pedro A. de Alarcón, don José M. de Pereda y otros escritores españoles que aquí han alcanzado mucho auge.

Hijos legítimos de aquel movimiento literario fueron y son nuestros principales escritores de costumbres, entre los cuales —aparte de los mencionados— me complazco en nombrar a don Juan de Dios Restrepo (más conocido con el seudónimo de *Emiro Kastos*), al agudo y fecundísimo Vergara y Vergara; a don Manuel Pombo, digno por todo de su ilustre apellido; a don Hermógenes Saravia, lleno de chispa y gracia; a don Ricardo Silva, que tiene el dón de hacerse querer con su persona y con su pluma, y a don David Guarín, muy observador de las costumbres populares; talentos muy notables todos, si bien les distinguían muy marcadas diferencias de espíritu y de estilo, y que el primero se haya hecho notar por tendencias eminentemente francesas, que hacen recordar a sus lectores la escuela o manera de Balzac.

Por lo tocante al movimiento dramático, fuerza es reconocer que era casi nulo entre nosotros, no obstante la aparición intermitente de algunas compañías españolas no poco estimables, entre las que se

distinguieron la de Torres, Gallardo y Rendón, de una época, y la de Fournier, González y Belaval, de la subsiguiente. Debióse al estímulo que la segunda de esas compañías dio a nuestros ingenios o aficionados, y más aún a la influencia que con sus obras ejercían desde España Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, y Escosura entre los autores cómicos, y entre los dramáticos, Larra, García Gutiérrez, Hartzzenbusch, Rodríguez y Rubí y Zorrilla; debióse, digo, a esta influencia y a aquel estímulo, el entusiasmo que posteriormente se despertó, moviendo a don José Caicedo y Rojas, a don Lázaro María Pérez, a Germán Gutiérrez de Piñeres, a vuestro humilde servidor y a varios jóvenes de talento, a componer dramas y comedias que representados en Bogotá, dieron auge a la literatura dramática, durante un breve período.

Pero en ningún campo se hizo sentir tanto como en el de la poesía lírica el prestigio avasallador de aquellos poetas españoles. Zorrilla y Espronceda primero, y años después don Ramón de Campoamor, se apoderaron, por decirlo así, del corazón y el espíritu de nuestra juventud; y tan poderosamente influyeron ellos y muchos de sus contemporáneos ya nombrados, en la dirección tomada por las almas juveniles de Colombia, que en breve se vio aparecer en ésta toda una constelación de poetas, más o menos bien inspirados, pero todos agitados por el ardor del sentimiento, el calor de la imaginación y la necesidad de dar vuelo y resonancia a sus producciones literarias.

No llamaron ya únicamente la atención don José Joaquín Ortiz, con su estro religioso y patriótico y la entonación grandilocuente y majestuosa de sus odas; Julio Arboleda, con su impetuosa inspiración que solía ser embellecida por la pasión; don Manuel María Madiedo, con su sentimentalismo ardiente, mezclado de filosofía; don José Caicedo y Rojas, con aquella exquisita delicadeza y amenidad de conceptos y formas que es el rasgo distintivo de sus composiciones; y Caro, el insigne Caro, que en mala hora y muy temprana edad se extinguió llevando a solitario sepulcro las fulguraciones de su privilegiada inteligencia. . . . El caudal se acrecentó casi súbitamente y con tal brillo, que desde 1850 pudo decirse en nuestro país: tenemos una literatura, muy joven aún, pero ya rica y abundante en promesas lisonjeras.

A la manera que un arroyo, apacible en sus fuentes y estancado después por fuertes obstáculos en largo trecho, se convierte al cabo en torrente caudaloso cuando de súbito se le apartan los diques que lo contenían, el genio poético, instintivo en Colombia, como que es una necesidad producida por los elementos físicos y morales de nuestra sociedad; el genio poético, repito, estalló por doquiera, que tal es la expresión adecuada, y se difundió, desbordado también, como una fuerza que había bregado por abrirse paso y repentinamente se sentía libre.

Y poco importa que en aquel movimiento explosivo de los entendimientos predominase un romanticismo exagerado, vehemente y mal avenido con nuestra naturaleza tropical, nuestra organización

republicana y nuestras costumbres democráticas... a medias. El romanticismo, dígame lo que se quiera, es una gran cosa: ¡despierta las pasiones generosas, removiéndome fuertemente las fibras del corazón; suscita la fecunda curiosidad de lo desconocido; abre al entendimiento, sorprendido en su primitiva ingenuidad, hermosos y vastos horizontes; y estimula a las almas ricamente dotadas por el soplo divino, a solicitar y perseguir las supremas maravillas de lo ideal y levantarse a las remotas y encumbradas regiones de lo perdurable!

En todo caso, puede sentarse como axioma, conforme a la naturaleza de las cosas, que si el clasicismo de ordinario es la forma literaria de la edad madura y de la más refinada cultura intelectual, así de los pueblos como de los individuos, el romanticismo (no extravagante ni mal entendido, sino racional) es comúnmente la escuela natural de la juventud, ora sea del corazón del hombre individual, ora del alma candorosa de las sociedades incipientes.

Comoquiera, es pertinente tributar en esta disertación retrospectiva un homenaje de admiración y de profunda gratitud a todos aquellos bardos pensadores que, cual preciosos lazos de unión entre la Madre Patria y nuestra República soberana, hicieron con su ardiente soplo brotar, de entre las cenizas amontonadas en el hogar colombiano por la guerra y el retraimiento, el fuego sagrado de la poesía y del amor a las letras castellanas; fuego que, propagándose día a día, ha hecho germinar los tesoros ya considerables de nuestra literatura. ¡Honor y gratitud, pues, a Larra y de Rivas, y Espronceda, y Zorrilla; y al maravilloso Bretón de los Herreros, y a Hartzzenbusch, y a García y Gutiérrez, y a Rodríguez y Rubí, y a los Bermúdez de Castro; y a tantos insignes poetas y escritores que, desde 1843, comenzaron a electrizar, desde allende los mares, el alma de nuestra juventud, al punto de producir con tan profunda conmoción abundantísima cosecha de producciones poéticas y literarias!

¿Se llevará a mal que yo enumere aquí una parte siquiera de aquella generación de pensadores y poetas nuestros a que me refiero, —generación que al presente raya entre los cuarenta y cinco y los sesenta años—, poco más o menos? Sea tolerado a quien jamás ha sentido las venenosas mordeduras de la envidia ni del odio, aprovechar esta ocasión solemne para nombrar siquiera a varios de los que, obreros de luz, sin esperanza de salario en nuestro prosaico tiempo y nuestra mal asentada y mal traída sociedad, han contribuido con su fe, su inteligencia y sus esfuerzos a crear, al menos en el campo de la poesía, un caudal que será contado por mucho en la literatura colombiana.

Y como apenas es lícito y discreto designar nombres, y pocos, —reservando la enunciación extensa para mejor ocasión, pues no será oportuna en un discurso—, permitidme recordaros que vuestras letras deben mucho, si he de limitarme a la generación mencionada:

En el género rigurosamente clásico, a don Miguel Antonio Caro, que ha dado ejemplo de seriedad en la composición, de completa pureza en el lenguaje, y de elevación de estilo y rectitud de ideas.

En el género filosófico, de suyo muy difícil, a don Rafael Núñez, que así ha sabido pulsar robusta lira como manejar las riendas del Gobierno.

En el género religioso, a la insigne poetisa doña Silveria Espinosa de Rendón, que ha sabido enseñar la piedad con su vida y con sus cantos; a doña Vicenta Fernández de Ramos y a don Mario Valenzuela y a don Rafael Celedón, dos bardos que, señalados por la mano de Dios para servirle en los altares y las misiones católicas, se prepararon con el canto para la oración sublime del Apóstol.

En el poema, a más del ilustre Arboleda y de Gutiérrez González, a don Enrique Alvarez y don Roberto MacDouall.

En el género festivo y espiritualmente picaresco, que requiere talentos muy especiales, conocimiento del corazón humano y arte para producir una versificación muy retozona, bastará citar al docto Director de esta Academia, señor don José Manuel Marroquín; al ingenioso cuanto desventurado Joaquín Pablo Posada; a don Ricardo Carrasquilla, feliz combinación de grande ingenio y altas virtudes; a don César Conto, notable por su rara agudeza y sus trabajos filológicos, y al malogrado José María Vergara y Vergara, tan fecundo y agudo, y que fue habilísimo en varios géneros de literatura.

En la leyenda se han distinguido don Lázaro María Pérez, don Próspero Pereira Gamba, don Santiago Pérez, y algunos otros compatriotas que han alcanzado reputación considerable.

Y en cuanto al género sentimental y al descriptivo, —los más tentadores para las almas expansivas—, si puedo citar más de veinte poetas y de seis poetisas notables, de la generación a que me refiero, permítaseme nombrar solamente ahora a Gregorio Gutiérrez González, al dulce y melancólico, y original y popularísimo cantor del *amor* y del *maíz*; a don Diego Fallon, peregrino ingenio de maravillosa fantasía y correctísima dicción, y a don Jorge Isaacs, tan apreciable por su célebre *María* (1).

(1) De la generación que comenzó a formarse para las Letras hacia 1844, compuesta de poetas de muy diversa índole y nacidos entre 1821 y 1843, he podido formar, aunque temeroso de incurrir en involuntarias omisiones, la siguiente lista:

POETISAS: Doña Isabel Bunch de Cortés, doña Indalecia Camacho, doña Waldina Dávila de Ponce, doña Vicenta Fernández de Ramos (†), doña Mercedes Hurtado de Alvarez, doña Helena Miralla y Zuleta, doña Mercedes Párraga de Quijano (†), doña Felisa de la Peña (†), doña Agrípina Samper de Ancízar (*Pia Rigán*), doña Dolores Toscano de Aguiar.

POETAS. (De los cuales muchos han fallecido); Arbeláez Juan Clímaco, Argáez Jerónimo, Arias y Vargas Leopoldo (†), Borda José Joaquín (†), Bravo Pascual (†), Camacho y Pradilla Pedro Alcántara (†), Capella y Toledo Luis, Caro Miguel Antonio, Carrasquilla Ricardo, Casas y Rojas Jesús, Celedón Rafael (Pro.), Conto César, Crespo Lucio, Díaz y Granados Domingo (†), Díaz y Granados Gabriel (†), Domínguez y Espino Mateo, Echeverri Camilo Antonio, Escobar Arce-sio (†), Esguerra Arsenio, Faccio y Lince José María (†), Fallon Diego, Flórez Luis (†), Gaitán José Benito, Galán Angel María, Galindo Aníbal, González y

A esa bella generación de poetas, junto con los cuales se han distinguido numerosísimos prosistas, —generación de la cual soy contemporáneo—, ha sucedido la que nos viene empujando con su rico caudal de nuevas inspiraciones. En ella figuran con muy notable brillo don Enrique Alvarez, don Rafael Tamayo, don Roberto Mac Douall, don Lorenzo Marroquín, los hermanos Flórez, don Ramón Ulloa, los León y Gómez, Restrepos y Mejías, y cosa de una centena más, y de ocho a diez poetisas, entre las cuales brillan doña Eva Verbel, tan notablemente inspirada, doña Agripina Montes del Valle, rica de sentimiento y fantasía, y doña Mercedes Alvarez de Flórez, tan bella de alma como de apostura (1).

Manrique Mariano (†), González y Manrique Venancio, González y Toledo Aureliano, Guarín David, Guerra Martín, Gutiérrez y González Gregorio (†), Herrera Vicente (†), Holguín Carlos, Holguín Vicente, Isaza y C. Pedro A., Isaacs Jorge, Jaramillo y Córdoba Federico (†), Lleras José Manuel (†), Macías y Escobar Emilio, Maldonado Bruno, Mantilla Daniel (†), Marroquín José Manuel, Montenegro Wenceslao, Narváez Juan Salvador de (†), Núñez Rafael, Ortiz y Barrera Francisco (†), Paúl José Telésforo (Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá), Páez Adriano, Peña Belisario, Pereira y Gamba Benjamín, Pereira y Gamba Guillermo, Pereira y Gamba Próspero, Pérez Felipe, Pérez Lázaro María, Pérez Santiago, Pinzón Lucio, Pinzón y Rico José María (†), Pombo Manuel, Pombo Rafael, Posada Joaquín Pablo (†), Posada Manuel, Posse y Martínez Alejo, Pradilla Antonio María (†), Puente Celso de la (†), Quijano y Otero José María (†), Quijano y Wallis José María, Rivas Medardo, Rojas y Garrido José María, Salazar Antonio, Salazar Octavio, Samper José María, Saravia Hermógenes, Sicard y Pérez Adolfo, Sicard y Pérez Ernesto (†), Solano Zenón (†), Tanco Jenaro S. (†), Tanco y Armero Nicolás, Tejada Jesús Temístocles (†), Torrente Bernardo (†), Torres y Caicedo José María, Trujillo José Ignacio, Valenzuela Mario (Pro.), Valenzuela Rómulo, Valenzuela Teodoro, Velásquez Pedro (†), Vergara y Vergara José María (†).

(1) A esta última generación, nacida de 1845 a 1865 o 1867, pertenecen:

POETISAS. Doña Mercedes Alvarez de Flórez, doña Dorila Antommarchi de Rojas, señorita doña Elmira Antommarchi, doña Hortensia Antommarchi de Vásquez, señorita doña Helena Faccio y Lince, doña Mercedes Grillo de Salgado, doña Agripina Montes del Valle, doña Ignacia Márquez de Fraser, doña Isabel A. Prieto de Landázuri, señorita doña Bertilda Samper y Acosta, señorita doña Eva Verbel.

POETAS. Alandete Francisco de P., Albán Carlos, Alvarez Enrique, Añez Julio, Arciniegas Ismael Enrique, Arrieta Diógenes A., Becerra Vicente, Botero Juan José, Botero y Guerra Camilo, Bravo Pedro A., Buitrago Filemón, Campuzano Nicolás, Campuzano Ricardo, Cano y G. Fidel, Carrasquilla Francisco de P., Carrasquilla Rafael María (Pro.), Casas José Joaquín, Castilla Clodomiro, Crespo Ismael, Cucalón Inocencio, D'Alemán José María, Dávila y Flórez Manuel, De Francisco Ricardo, Delgado Roberto, Del Valle Miguel M., Díaz y Guerra Alirio, Escobar Emilio A., Escobar Antonio I., Espinosa Manuel Medardo, Faccio y Lince Jenaro, Fernández Enrique W., Feuillet Tomás Martín, Flórez Alejandro R., Flórez Leonidas, Flórez Manuel de Jesús, Flórez y R. Julio, Garavito Julio, Garavito y A. José María, Gómez Ruperto S., Gómez y Restrepo Antonio María, González y Camargo

Una vez cumplido por mi parte el deber de justicia de hacer estas reminiscencias, deficientes por extremo, —porque en un discurso no cabe la enumeración completa—, pero que patentizan la fecundidad del suelo colombiano para contribuir al enriquecimiento de las letras, es pertinente inquirir la causa de una abundancia tan considerable de poetas y poetisas en Colombia, así como de atildados prosadores que no son poetas, al menos por la forma de sus escritos; abundancia que contrasta con la relativa escasez de ingenieros, naturalistas y otros servidores de las ciencias llamadas naturales y exactas.

¿Cuáles son las causas que más directamente influyen en la conservación del lenguaje, con su riqueza, nobleza y pureza tradicionales; en los progresos de la Literatura de tal suerte combinados que ésta tenga su carácter propio, esté depurada en su gusto y sea de fecundos resultados; y en el desarrollo particular de la poesía, como expresión del ideal y de las facultades imaginativas y artísticas de una sociedad? Acaso no hay región alguna del mundo tan apropiada como la América Española para servir de campo de observación, y para ofrecer elementos a la resolución del problema que acabo de proponer (1).

Joaquín, González y Umaña Eduardo, Gutiérrez Francisco Antonio, Gutiérrez y Ponce Ignacio, Hernández y T. Eusebio, Hoyos José Joaquín, Jaramillo y F. Aureliano, Jiménez Rafael I., Ladrón de Guevara Teodoro, León y Gómez Adolfo, León y Gómez Ernesto, Lobo Guerrero Eugenio, Lombana y Domínguez José María, López y C. Ricardo, Lleras Enrique, Lleras Lorenzo, MacDouall Roberto, Márquez Próspero, Marroquín Lorenzo, Martínez León A., Medina y Delgado Miguel, Mejía Antonio J., Mejía Epifanio, Mejía Francisco, Mejía Juan de Dios, Mejía y Toro Jesús M., Montoya Vicente A., Mosquera Rubén J., Narváez Roberto, Noguera J. A., Obeso Candelario, Ortega Alfredo Tomás, Ospina y Narváez Francisco, Paláu Lisímaco, Patiño y Angel Francisco, Paz Vicente N., Paz del Castillo Ildefonso, Peña y V. Belisario, Pérez Antonio José, Pérez José Joaquín, Pérez Manuel José, Pérez y Triana Santiago, Pinto y V. José María, Pinzón y W. Nicolás, Pombo y Ayerbe Jorge, Pombo Jorge A., Posada Carlos, Porras Belisario, Porras José Angel, Ramírez Filemón, Restrepo Antonio José, Restrepo Luis Antonio, Restrepo Martín, Restrepo y G. Enrique, Rivas y Frade Federico, Rivas y Groot José, Rivera y Garrido Luciano, Roa Jorge, Román Enrique S., Royo y Torres José Manuel, Sáenz y Echeverría Carlos, Salazar Abraham, Salazar Antonio I., Salazar Vicente, Samudio Arsenio, Sánchez Juan Antonio, Silva José Asunción, Suárez y Lacroix Joaquín, Suárez y L. Roberto, Tamayo Rafael, Tirado Basilio, Tobón Juan Cancio, Toro Antonio José, Toro Manuel S., Torres Carlos Arturo, Torres y Mariño Rafael María, Ulloa Ramón, Uribe Diego, Valencia y Cajiao Manuel, Valencia y C. Miguel, Valverde Olegario A., Vega Alejandro, Vélez Ambrosio, Vélez Baltasar, Vélez Joaquín Pablo, Vélez Luciano, Vélez y R. Pedro, Vergara Francisco José (Pro.), Villa Eduardo, Villar Enrique, Villegas Alejandro.

(1) Como se ha visto, nuestra primera generación literaria de este siglo contó en su seno 19 poetas; la segunda, dos poetisas bien conocidas y 25 poetas; la tercera ha contado 10 poetisas y 88 poetas; y la cuarta, numera ya (salvo omisión involuntaria) 11 poetisas y 129 poetas. Esto hace un total de 284 servidores de

Con efecto, si las variedades etnográficas son patentes en la América Española, donde se han confundido tres razas, en diferentes proporciones mezcladas, no es menos evidente que la española, por virtud de la conquista y de una colonización de tres siglos, impuso su lengua, su carácter, su religión, sus tradiciones y costumbres, y por tanto su espíritu; implantó sus instituciones, y dejó en el Nuevo Mundo su profundo sello, su huella indestructible y el soplo de su genio y de sus esperanzas.

Los cinco rasgos característicos de toda nacionalidad, —lengua, religión, tipo físico, sentido moral e instituciones sociales— quedaron vivos, idénticos o iguales, como herencia de España, en todas nuestras Repúblicas, hijas de la Revolución iniciada en los comienzos de este siglo. Y como consecuencia de esta revolución y del advenimiento de una organización republicana y democrática, a los anteriores elementos de identidad se añadió el de las formas y tendencias políticas más o menos concordantes.

Pero hasta aquí llegaba la similitud, y aun ésta quedaba sujeta a numerosas modificaciones provenientes de la variedad misma de la población, la cual, cuando se trasplantó de España al Nuevo Mundo, trajo la diversidad de tipos sociales que distinguen tanto al Andaluz del Aragonés, al Valenciano del Gallego, al Castellano viejo del Catalán, y al Manchego y Extremeño del Vascongado y del Asturiano.

En América el campo es inmenso: en lugar de una península europea, fue un vasto Continente el que sirvió de imperio a la raza española, y la ofreció espacio para sus cruzamientos y expansión. Y de este Continente, apenas Chile y las regiones del Plata, en rigor, pertenecen a la zona templada, con condiciones de existencia relativamente análogas a las de Europa. Lo principal de nuestra América Española, así de las regiones continentales como de las insulares, está contenido entre los trópicos.

De ahí diferencias muy sustanciales en el modo de ser de los pueblos hispanoamericanos. La topografía y los climas, los hechos políticos y las relaciones comerciales, han ejercido y ejercen irresistible influjo sobre el desarrollo del idioma y la Literatura, y principalmente sobre la índole de la Poesía en estas sociedades. Inmenso como es el territorio americano, y surcado de extremo a extremo por las Cordilleras de los Andes y sus multiplicadísimos estribos, ofrece al inmigrante europeo obstáculos muy considerables para que avance, en solicitud de nuevo hogar, hasta las comarcas interiores y muy elevadas del Continente. A más de esto, el comercio, que de suyo es cosmopolita y ha menester grandes facilidades de comunicación, se fija de preferencia en los litorales, así marítimos como fluviales, donde puede establecer con mayor provecho y actividad sus transacciones.

Apolo. Se puede suponer que si por ignorancia u olvido, se han omitido algunos nombres, no excederán de 15 a 20 respecto de todo el lapso de ochenta y cinco años.

Consecuencia de estos hechos son, por una parte, la formación de grandes centros de población en los litorales salubres, y por otra, la frecuentísima comunicación que se ha ido estableciendo entre aquellos centros y los pueblos de Europa. De esta comunicación han nacido necesariamente el trato con inmigrantes, viajeros y navegantes de muy diversas razas, y un comercio literario, considerablemente activo, con países de lengua distinta de la castellana, y en particular con Inglaterra y Francia, Italia y Alemania.

Fácilmente se comprende cuánto aquellas inmigraciones, aquel tráfico mercantil y aquella comunicación con los principales pueblos europeos, no habrán ido modificando las necesidades sociales, las ideas, las costumbres, el movimiento de las clases industriales, el de toda la prensa, el lenguaje, y hasta la raza hispanoamericana, sujeta a cruzamientos cada día más multiplicados e intensos. El viajero que recorre las diversas comarcas de la América Española, y el que tiene frecuentes ocasiones de leer los periódicos y libros de las Repúblicas a que aludo, no puede menos de percibir, en todos los rasgos de las costumbres, en el lenguaje común, en la prensa y en los apellidos extranjeros que abundan, las pruebas de la influencia decisiva que ejercen las inmigraciones, al contacto de los viajes y las relaciones políticas y comerciales.

Colombia ha tenido suerte muy distinta. Es un vastísimo país esencialmente montañoso en sus más ocultas y sanas regiones, y sus cinco cordilleras y las ramificaciones de éstas lo han destinado a un aislamiento relativo, no obstante su prodigiosa riqueza natural y su feliz situación geográfica en medio de los dos grandes Océanos y entre el Amazonas y el Orinoco. Las comarcas de los litorales son más o menos insalubres, a causa del ardor de sus climas tropicales y de sus selvas y grandes ríos que en los inviernos desbordan, y donde la vida fermenta y se desarrolla con exuberancia; en tanto que en las regiones interiores se combinan con primoroso atractivo el esplendor de una Naturaleza de imponderable hermosura, la variedad de los climas, —determinada solamente por la altura y la exposición de sus lugares, —la benignidad general de las estaciones, —reducidas a dos épocas, una de lluvias y otra de sequedad, que se alternan—, y la fecundidad de un suelo pronto siempre a devolver al agricultor hasta ciento por uno.

Estas condiciones físicas de Colombia han determinado, salvo algunas notables excepciones, la aglomeración de lo más sano, inteligente, robusto y vigoroso de su población en las altas mesetas, las vertientes de las montañas y los ríos y amenos valles del interior, generalmente secuestrados de un tráfico frecuente con el mundo comercial y del gran movimiento de la civilización. La industria ha sido, por tanto, casi nula, y el comercio exterior muy limitado; la inmigración extranjera nos ha faltado por completo; las relaciones internacionales se han reducido casi a la esfera diplomática, y a lo que han podido procurar a nuestros jóvenes acomodados y nuestros negociantes ricos sus viajes por los países extranjeros; y obligada nuestra sociedad a vivir una especie de vida propia y sin extraño

contrapeso, necesariamente ha dado un giro particular a sus ideas, su carácter, sus costumbres y sus aspiraciones.

La explicación que de aquestos hechos se desprende, por lo tocante a nuestro modo de hablar y nuestra literatura, es natural y sencilla. En tanto que nuestra sangre (pues en lo general somos hijos de castellanos y andaluces), nuestra religión espiritualista y unitaria, nuestra historia y tradiciones y nuestros climas tropicales nos impulsan a ser ardientemente apasionados, caballerescos, patriotas, impresionables, entusiastas, adictos a lo grande y a lo bello, lo extraordinario y lo heroico; el aislamiento en que hemos vivido nos ha privado de la necesaria expansión de nuestro temperamento, y ha dado a nuestra actividad social las condiciones propias de un pueblo poco o nada cosmopolita.

Hemos descuidado el estudio de las ciencias exactas y los trabajos industriales, porque aquél y éstos han menester para su desarrollo, elementos con que sólo brinda una grande actividad económica, sin la cual no hay entre los pueblos tráfico activo y fecundante. El mundo exterior nos conoce muy poco, y sus raros viajeros que nos visitan nos aprecian casi únicamente por la grandiosa y rica naturaleza que nos rodea, y que nos oprime con la enormidad de su poder. La onda que el comercio exterior arroja, bastante debilitada, sobre algunos de nuestros puertos marítimos, no alcanza a penetrar siquiera en nuestros valles, ni menos a subir hasta nuestras comarcas montañosas. Los intereses materiales no han tenido fuerza para desarrollarse, o si han aparecido por momentos, se han estancado en la común atonía.

Así, faltando el contrapeso de los intereses y de los grandes hechos económicos, la parte culta de nuestra sociedad se ha dado, ya en un sentido, ya en otro, a lucubraciones idealistas. Hemos dado preferente importancia a las Ciencias Políticas o Sociales, casi siempre reducidas a teorías, y nuestros partidos han sido más vehementes que en ninguna otra parte, abusando de la ingenuidad e intrepidez de los pueblos para hacer de nuestras públicas controversias una tempestad casi permanente.

Nuestra guerra de Independencia removió profundamente, sacudió y revolvió todos los sedimentos de nuestra sociedad, desde el más encumbrado caballero de origen castellano hasta el más humilde chibcha y el más deprimido descendiente de Guinea. De la revolución surgieron, junto con la gloria y las tradiciones épicas de la Patria republicana, un espíritu militar inquieto y antojadizo y unas tendencias democráticas mucho más sentimentales que científicas.

Las relaciones de los sexos, aún no pervertidas por el sensualismo y el espíritu calculador de las sociedades refinadas, fueron más que nunca asunto de sentimiento delicado; de suerte que entre nosotros el amor continuó siendo juventud del alma, tierno y ardoroso culto rendido a la belleza, la gracia y el candor, ingenua inteligencia de corazones generosos.

La naturaleza nos ha convidado sin cesar a la contemplación de lo bello y lo grande, y nos ha penetrado con sus misteriosos efluvios de inagotable poesía. . . . Esa imponderable red de torrentes que se

desploman de nuestras montañas, asordando con sus cataratas y cascadas a las brisas de los bosques; esa vegetación maravillosamente variada que reviste las breñas, las campiñas y los valles con todos los colores del iris, y toma todos los tamaños y formas posibles, desde lo enano y adormecido y cespado de los fríos páramos hasta lo gigantesco y exuberante de las selvas ardientes; esos dilatados valles donde innumerables ríos y riachuelos bañan con cristalinas ondas los pies y el regazo de Flora, cberia de perfumes y palpitante de vida y amor; esas llanuras infinitas del Oriente, que con sus vastísimos horizontes provocan a soñar con lo perdurable y lo sublime; esas cordilleras de incomparable majestad y riqueza, que se bifurcan, se dividen y ramifican en serranías que asombran la mirada, señoreadas algunas por lomos y cúpulas de inmaculada blancura y resplandecientes aspectos; ese frecuente rugir de los volcanes y de las tempestades que agitan nuestras cordilleras; este cielo profundamente azul, en cuyo fondo brillan los astros de ambos hemisferios con un esplendor desconocido en otras regiones: todo esto, tan grande, tan bello, tan maravilloso, himno inmenso del Divino, del Eterno Poeta y Artífice que dio vida a lo Infinito y se recrea sin cesar en la sempiterna vida de su obra inefable. . . . todo esto ha hecho de los colombianos un pueblo de poetas, desde el apóstol como Paúl, y el hombre de Estado como Núñez, y el patriota creyente como Ortiz, y el estadista como Camacho Roldán (poeta prosista), y el filósofo como Madiedo, y el institutor como Carrasquilla y Pérez, y el artista como Fallon, y el historiador como Quijano Otero, y el profesor como Marroquín, y el soldado como Pinzón Rico y Ulloa, y el erudito como Caro, y el abogado como Manuel Pombo, y el banquero como Quijano Wallis, y el comerciante militar como Lázaro María Pérez, ¡hasta el humilde campesino, y el olvidado llanero, y el artesano y el arriero, que expresan con *bambucos*, *galerones* y *torbellinos* toda la alegría y la tristeza, la esperanza y los desengaños de sus almas generosamente apasionadas!

¡Considérese, pues, si no hemos de ser más o menos poetas en Colombia!

Y esta condición y las circunstancias físicas y sociales que llevo enumeradas, han motivado también la conservación de nuestra lengua, de tal modo, que generalmente la hablamos mejor que algunos pueblos de España misma y casi todos los de la América española. Hemos tenido la fortuna de crear la unidad completa de idioma en nuestro país, a tal punto, que hasta el indio más serrano y el negro más selvático hablan castellano. La exigüidad de nuestras comunicaciones con el mundo exterior nos ha preservado en mucha parte de la invasión de los galicismos, los anglicismos y los italianismos, en otras comarcas muy aclimatados. El hábito general de escribir para el público a fuer de políticos, cuando no politicastros, nos ha familiarizado con el fácil manejo de la lengua; y el cultivo de la poesía y otros ramos literarios nos han inducido a luchar frecuentemente con las dificultades de la forma, para acertar con el buen lenguaje lo mejor posible, conforme al tipo superior que nos dejaron Garcilaso

y Hurtado de Mendoza, Mariana y Granada, Solís y Herrera, Calderón y Cervantes, Fray Luis de León y otros maestros.

Reconociendo sin dificultad nuestra pequeñez y el deplorable atraso en que vivimos, razón tenemos, sin embargo, para proclamar que somos un pueblo esencialmente literario; y no sin honor podemos afirmar que, condenados por la Naturaleza a un aislamiento internacional que la industria y la habilidad política irán venciendo con el tiempo, ¡hemos sacado de nuestra difícil situación todo el partido posible, cultivando las más nobles facultades del alma, que la raza española ha sabido mantener en épocas de impercedera memoria!

Tenemos, a no dudarlo, una literatura *nacional*, formada a través de mil vicisitudes y en medio de borrascas sin cuento; y de su existencia dan testimonio el activo y variado periodismo que durante más de doce lustros ha alimentado nuestras prensas, y cerca de ochocientos libros que el ingenio colombiano ha producido desde los tiempos de patrióticos albores en que el ilustre Caldas revelaba las ciencias en Colombia, hasta el momento actual.

¿Pero a qué condiciones habrá de sujetarse nuestra literatura para alcanzar todo el brillo y todo el honor a que tiene derecho el ingenio colombiano? Es necesario que ella sea al propio tiempo original o verdaderamente nacional, y metódica o respetuosa por las reglas a que han de someterse la ciencia en el pensar y el arte en el decir. ¡Ni servilismo, ni anarquía! Debemos reprimir, por una parte, el vicioso espíritu que nos induzca a las imitaciones, sobre todo, si son extrañas a la índole de nuestra lengua, nuestra raza y nuestro modo de ser; y por otra, los ímpetus que nos arrastran a una desordenada dirección del sentimiento y de la mente.

¿Se quieren ejemplos saludables tomados de nuestro propio suelo? Fácil es darlos; y espero que la modestia de mis compatriotas no será parte a condenar o contrastar mi propósito.

Bien sienta al venerable decano de nuestros poetas y prosistas el manejar la pluma con la elegancia y energía de Jovellanos y pulsar la lira con la castiza grandilocuencia de Herrera y de Quintana; y eso no obsta para que sea completamente original cuando canta la majestad del *Tequendama*, o la santidad del misionero en *La Goajira*, o las sublimes hazañas de *Bolívar* y las épicas glorias de la *Patria* (1).

Puede un artista escribir con el exquisito sabor de un clásico español, atildado en su decir y atento a las reglas del buen gusto, y cantar con deliciosa delicadeza y amenidad las cristalinas ondas de *Torca*, o narrar con sencillez encantadora las escenas de *Ranchería*, o las travesuras de *El Duende en un convento*, o las viejas historias de la época colonial, tan españolas por sus personajes como nacionales por el teatro que tuvieron (2).

Otro escritor, insigne maestro en filología, educa a la juventud con enseñanzas científicas, ajustándolas todas al estilo académico; y

(1) Se alude a don José Joaquín Ortiz.

(2) Alusión a don José Caicedo y Rojas.

sin embargo, les da completa novedad de formas, y cuando suelta la vena de su agudeza, ora en artículos de costumbres llenos de sal ática, ora en composiciones líricas en que el *Robo de las Sabinas*, los perances de una *Serenata*, y las miserias de una *Perrilla* se disputan la risa del lector; o cuando empuña con sencillez el buril del biógrafo de la virtud, sabe en todo caso ser clásico y ser original, acomodarse a las enseñanzas de lo pasado y ser de su tiempo y de su país (1).

Aqueste otro, eximio en el conocimiento de los clásicos y magistral intérprete de *Virgilio*, sírvese de su consumada ciencia literaria para cantar con nobilísima entonación de patriota y poeta original. . . . por ejemplo, la *Estatua de Bolívar*, símbolo de la más pura y la más alta gloria nacional (2).

Esotro, castigando severamente las faltas gramaticales de los colombianos, y aun de todos los hispanoamericanos, y sirviéndose para su enseñanza de una prodigiosa erudición y de las más ricas galas de lenguaje, logra, sin embargo, dar a sus *Apuntaciones Críticas* formas enteramente nuevas, y originalidad colombiana a su estilo y todas sus observaciones (3).

Alguien toma por asunto de sus estudios el libro más universal, más estudiado y conocido, después de la *Biblia*, —*El Quijote*—, y halla modo, expresándose en lenguaje académico, de sacar numerosas máximas y lecciones de Economía Política (lo que es el colmo de la originalidad sensata) del poema inmortal del ingenioso Hidalgo (4).

Harto se comprenderá que no he de citar como modelos, por lo tocante al casticismo ni a la sujeción al rigor de las reglas, al inolvidable Gutiérrez y González, nuestro más popular poeta lírico, ni al ingenioso y fino observador de costumbres, Eugenio Díaz. Pero ¿quién no reconoce que el mérito mayor del bardo antioqueño y del novelista bogotano consistió en la espontaneidad de los sentimientos, la verdad y originalidad de las descripciones, y todo lo que hizo palpar la imagen de la Patria en las poesías líricas y el poema del *Maíz del uno*, y la *Manuela* del otro?

Nuestro amadísimo Vergara y Vergara, a quien la muerte no ha podido separar de nuestra vida moral, era clásico por su educación, su instrucción y sus aspiraciones, que no por su estilo ni sus travesuras de lenguaje; buscaba en España sus mejores modelos, y aun dio en la flor de imitar a Fernán Caballero, a Trueba y a Selgas y Carrasco. Pero estas imitaciones, y otras más, sólo fueron de formas y tendencias; nunca de pensamiento, de lenguaje, ni rigurosamente de estilo. Sus escritos fueron profundamente originales, así en sus *Versos*, llenos del más delicado sentimiento, como en sus numerosos artículos de costumbres, tan chispeantes y *humorísticos*, y en sus novelas y biografías enteramente nacionales, como en su *Historia de la Lite-*

(1) Don José Manuel Marroquín.

(2) Don Miguel Antonio Caro.

(3) Don Rufino José Cuervo.

(4) Se alude a don Carlos Martínez Silva.

ratura Neogranadina, monumento desgraciadamente inconcluso. Precisamente lo que más vivirá de los primorosos escritos de Vergara, es aquello que fue más nacional y original; lo que mejor le pintó a él mismo y pintó a su país por diversos aspectos.

Arboleda, —que al poder de la elocuencia juntaba el calor de la imaginación poética, el brillo de la espada del guerrero, y altas concepciones de hombre político—, supo escribir y cantar con la elegancia y pulcritud de un atildado filólogo, familiarizado con todos los clásicos; y al propio tiempo supo ser colombiano y original, tanto en sus cantares líricos como en su poema de *Gonzalo de Oyón*, en el que la energía del pincel corrió parejas con el atrevimiento de la imagen y la gallardía de la frase.

Por último, —si para citar buenos ejemplos se pudiese llegar pronto a lo último—, dos poetas nacionales que han alcanzado considerable y merecido renombre, nos dan la prueba del aplauso que acompaña a la originalidad. El uno, que de los campos ilimitados de la poesía filosófica se ha elevado a las altas regiones del poder y de la gloria que acompaña a los grandes ciudadanos, ha nutrido su alma melancólica con meditaciones profundas; y sin dejar de ser correcto en la dicción, vigoroso en la frase y científico en las concepciones, se ha distinguido por la singularísima novedad y originalidad de sus siempre conceptuosas poesías, y su excelente prosa, llena de pensamientos condensados con un vigor y una maestría que no parecen propios, por lo común, del libre estilo a que los poetas líricos se habitúan (1).

El otro, —que parece ser el tipo de un modesto y tenaz caballero andante de la benevolencia, la filantropía y la caridad—, ajusta su dicción a los grandes modelos clásicos, solicita con amor de anticuario las ignoradas creaciones de levantados ingenios, y rinde culto a las enseñanzas académicas; y con todo, romántico en buena parte, por la índole de su ingenio, patriota por tradición y por temperamento, y vario en sus facultades de percepción y concepción, tan magistralmente ha cantado las *Cataratas Americanas* y la magnificencia de las *Antillas* y la *Zona Tropical*, —siempre nuevo, siempre original y siempre americano—, como los encantamientos propios de la *Mujer*, desde el Edén hasta el salón moderno, las dichas y los contratiempos del matrimonio (ajenos para él hasta ahora), y las tentadoras travesuras del *Bambuco* y el *Torbellino colombianos* (2).

Por lo visto, los ejemplos no faltan. ¿Qué falta, pues, para que nuestra literatura tome resueltamente el giro que a su gloria conviene, y adquiera el aplomo y la consistencia necesarios a su prosperidad? Fáltanos, en primer lugar, la paz de la Nación, sin cuyo amparo no es posible ningún trabajo verdaderamente sólido y fecundo; la calma de meditación que desarrolla, madura y engrandece los talentos, y da a los pueblos pensadores la conciencia de sus nobles destinos. Falta, en segundo lugar, que metodicemos y sostengamos

(1) Alude el orador a don Rafael Núñez.

(2) Aquí se refiere el orador a don Rafael Pombo.

con perseverancia y ánimo sereno esta provechosa reacción que de años atrás se viene verificando entre nosotros, y en muchas comarcas de la América española, en el sentido de combatir las imitaciones noveleras, de depurar el gusto literario, de defender la autonomía y las glorias de nuestra rica y grandiosa lengua, de encaminar las Letras hacia lo serio y provechoso, sin apartarlas del bello ideal que deben perseguir, y de estrechar íntimamente la unión moral, intelectual y social de la gran familia de pueblos fundada en ambos mundos por la raza española.

Si; esta raza tiene derecho incontrovertible a ocupar uno de los primeros puestos, con eminente brillo en el concierto de la civilización. Ha llenado el mundo con su antigua literatura, su heroísmo, su grandeza política y sus hazañas intercontinentales; ha sido fiel a la dulce religión fundada por Jesús, y a ella debe sus más insignes progresos, méritos y tradiciones; tiene asentados sus reales en las cinco partes del mundo, con su nobilísima cabeza en Europa y su más juvenil y considerable masa en una parte inmensa de América; es conocida por su caballerescas hidalguía, su ardor para toda lucha heroica, su intelectualidad viva y elástica, y su carácter amable, alegre, hospitalario y generoso, así como por su indomable patriotismo; su lengua es la segunda en riqueza de cuantas se hablan en Europa y América, y la primera en armonía y grandilocuencia, en majestad y variedad de giros y locuciones; y con cerca de setenta millones de almas que tienen su espíritu y sus tradiciones, ora monárquicas, ora democráticas, bien puede aspirar a ejercer con sus Letras y sus Artes, su Industria y su Comercio, su Diplomacia y sus Armas, una influencia poderosa en los destinos humanos!

Procuremos, pues, ante todo, la buena inteligencia y la unión de nuestra noble raza; y puesto que nosotros, amigos y servidores de las Letras, tenemos un poderoso vínculo de fraternidad ya establecido, aprovechémonos de él con eficacia. Constituyen este vínculo las Academias fundadas en casi todas nuestras Repúblicas; y así como estas naciones americanas son histórica y etnográficamente hijas de España, tales corporaciones son hijas correspondientes de la Real Academia Española. Formemos entre todas, con la ilustre Academia madre, una grande unidad de pensamiento y lenguaje, de esfuerzos y trabajos, de luz y de enriquecimiento y depuración de las Letras castellanas e hispanoamericanas; ¡y un día será dado a nuestros hijos saludar con orgullo el advenimiento de toda la raza española a los altos destinos que la Divina Providencia le tiene seguramente reservados!

Y aquí cabe y es obligatorio rendir un homenaje de agradecimiento a los hombres que, con sus escritos y su ejemplo, han contribuido eficazmente a producir en Colombia la reacción filológica que nos ha traído al camino de la purificación de la lengua y de la reivindicación de los tesoros de la literatura española, en otro tiempo mirados con escaso respeto. A Benedetti, Arroyo, Ulpiano González y otros preceptistas primero, y después a los señores Marroquín, Pérez (don Santiago), Caro, Cuervo, González Manrique, los dos Guz-

manes, Isaza, Suárez (don Marco Fidel), Henao y otros pocos buenos hablistas, débese la provechosa reacción a que he aludido; reacción sin la cual no hubiéramos llegado al punto en que nos hallamos, de estrecha confraternidad literaria con la madre España.

Pero para facilitar nuestra obra, sepamos ser cristianos, y por lo mismo, pacíficos, benévolos y tolerantes. Trabajemos por cimentar a todo trance la paz, madre fecundísima de la libertad, la industria y el progreso; no demos cabida, en el santuario de las Letras y las Ciencias, a la soberbia que nos vuelve huraños, ni a las iras de las pasiones políticas, que nos engendran odios; consideremos siempre que la fraternidad de los espíritus en su peregrinación hacia la eterna Luz, es incompleta sin la fraternidad de los corazones; ¡y no olvidemos que Dios ampara siempre con su misericordia los grandes esfuerzos guiados por las grandes virtudes!

RESPUESTA A JOSÉ MARÍA SAMPER

Por JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

Si para nuestro nuevo colega es tan grato no tener, al tomar su puesto en la Academia, que evocar fúnebres memorias, no lo es menos para mí el saborear las muy dulces que hace nacer el cuadro que acaba de ponernos a la vista. Y confieso que el patriótico interés por el desenvolvimiento de la literatura en nuestro suelo no es lo que comunica mayor encanto a las reminiscencias, que agradablemente encadenadas, forman parte del discurso que acabamos de oír. El ha excitado en mi corazón juveniles afectos, ya amortiguados por el tiempo, haciendo desfilar por delante de mi imaginación las sombras queridas de muchos amigos a quienes no he de volver a ver en la tierra, o que se hallan ausentes, o que por cualquier caso se han convertido para mí en extraños, con quienes el señor Samper y yo vivimos ligados en una época en que amábamos la poesía como voz y lenguaje del corazón, como expresión de los sentimientos que hervían en nuestros pechos.

Pero por muy apacibles que para mí hayan sido estas impresiones, y por más grande que sea la certidumbre que abrigo de que de ellas han debido participar muchos de los circunstantes, no me es lícito en esta ocasión extenderme más sobre ellas, por lo que tienen de personal. Más propio del lugar y del acto presente será encarecer la oportunidad y la destreza con que el señor Samper ha sabido resumir en breves términos copiosísimos e interesantes datos para nuestra historia literaria, haciendo que una mirada sola abarque todos los progresos que en el período de mayor actividad ha hecho entre nosotros la amena literatura. Ninguno podía mejor que él trazar el cuadro que hemos contemplado: ninguno ha tomado tanta parte como él en el movimiento literario, ni la ha tomado tan constante-